

El punto de vista como tensión dominante.

Bases para un modelo teórico de Terra Nostra.

En *Terra Nostra* (TN)¹, el punto de vista narrativo establece un proceso transformacional que re-enuncia el lenguaje de la historia². Esta re-enunciación no toma la forma de un lenguaje histórico, sino que es rescrita como discurso novelesco. Por lo tanto, la rescritura es un discurso transformado que funciona como alternativa del lenguaje de la historia.

El objetivo de este trabajo es diseñar un modelo del proceso transformacional mencionado. Para ello, es preciso considerar la metodología a usar y definir el término «tensión dominante» aplicado en el título al punto de vista.

¹ CARLOS FUENTES, *Terra Nostra* (Barcelona, Seix Barral, 1975). Todas las citas del texto, de las que se indica la página entre paréntesis después de las iniciales TN, proceden de esta edición.

² El concepto «re-enunciar» ha de ser entendido en un doble sentido: primero, en el meramente literal de «vuelta a enunciar»; segundo, en el fonológico de «renunciar». Así, la re-enunciación implica la renuncia a un planteamiento y la enunciación de otro nuevo. Por ello, la re-enunciación es completada en la operación de rescritura de lo escrito. En este sentido, en TN el punto de vista re-enuncia el lenguaje de la historia oficial en un discurso nuevo, ordenado, en el que dicho lenguaje entra en oposición con nuevos paradigmas. Funcionalmente, estos paradigmas son complementarios según el esquema escritura/silencio; esta complementariedad se lleva a cabo en el orden de la narración (i.e., la narración no se ordena mediante capítulos, sino mediante «trozos» textuales que se complementan en el orden de la narración. Culturalmente, estos paradigmas son alternativos según el esquema información/entropía. El silencio, como posibilidad, transforma por medio de la rescritura el orden unívoco impuesto originalmente en la escritura. De este modo, TN es una articulación del silencio mediante un doble proceso de re-enunciación y de rescritura (Cf., «El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido»; Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pág. 82).

1. Diseño de un modelo

El problema metodológico consiste en establecer un metalenguaje que dé adecuadamente cuenta de la narración, adecuación que vendrá dada por su propia conciencia metalingüística. Sin embargo, hay que precisar que de algún modo la narración es ya un metalenguaje: la rescritura ordenada, discursiva, de un lenguaje previo. Por consiguiente, el lenguaje crítico será un metalenguaje, que necesariamente se pregunte por su actividad, cuyo objeto es un metalenguaje previo. Se diferenciarán ambos metalenguajes en que el metalenguaje crítico es una teoría obtenida mediante transformación de otro metalenguaje (i.e., de un discurso)³.

La narración como metalenguaje rescribe la historia, concebida como lenguaje histórico, en un orden determinado por el punto de vista. El metalenguaje crítico, pues, tiene como objeto de estudio dicho orden y ha de transformarlo en otro orden diferente: en una teoría que aporte un conocimiento⁴.

A fin de establecer dicha teoría, aquí se parte del concepto «tensión».

La tensión es una abstracción metodológica que permite establecer, delimitar y hacer susceptibles de transformación teórica diferentes relaciones textuales en un modelo dado, cuya finalidad se especificar el orden de dicho texto. Funcionalmente, se puede establecer en el modelo qué tensión domina en un texto de extensión variable. Por consiguiente, el concepto «tensión» contempla la estructura de una obra como una entidad dinámica, basada por ejemplo en oposiciones, y permite una descripción ordenada, teórica, de éstas⁵.

Aquí se considera el punto de vista como tensión dominante en TN. Esta consideración supone asumir que el punto de vista es la tensión fundamental en el establecimiento del orden de la narración. Su estudio, pues, ha de permitir, por un lado, explicar el carácter metalingüístico del orden discursivo impuesto por la re-enunciación en la rescritura; por otro, dar una descripción de dicho orden. Es de-

³ Así, pues, la diferencia existente entre un modelo y su objeto: la labor entonces consiste en aplicar «à une pratique signifiante (la narration) un modèle (la transformation)»: Julia Kristeva, «Narration et transformation», *Semiotica*, 1 (1979), pág. 422.

⁴ Connaître ce n'est pas écouter une telle parole préexistante.... c'est inventer une nouvelle parole, donner la parole à ce qui par essence garde le silence (Pierre Macherey, *Pour une théorie de la production littéraire* [Paris, Maspero, 1966], pág. 14).

⁵ El concepto «tensión», aquí elaborado, procede de Rolf Koepfler, «Dynamic Structures in Narrative Literature: "The Dialogical Principle"», *Poetics Today*, 1, 4 (Summer, 1980), págs. 115 y 124-127; este concepto es una redefinición de la «interacción dialógica» enunciada por Mihail Bakhtin. Para una exposición sumaria de este concepto en Bakhtin, véase su *The Dialogical Imagination* (Austin, Texas UP, 1981), «Index», s.v.

cir, ha de permitir explicar el proceso transformacional mediante el cual un lenguaje es re-enunciado como metalenguaje y ha de permitir, además, determinar las sucesivas tensiones adicionales que dicha re-enunciación genera.

2. El punto de vista

En TN, el punto de vista es funcionalmente crítico: supone, en sus diversas variantes, la enunciación de una alternativa heterodoxa ante algo enunciado como paradigma único. De este modo, paradigmáticamente, el lenguaje de la historia es proyectado por el punto de vista en un sistema textual más amplio: el texto producido por la rescritura; sintagmáticamente, el lenguaje de la historia es puesto en contraste con múltiples realizaciones discursivas que convierten el orden impuesto por dicho lenguaje funcionando como alternativas al mismo. En este sentido, el metalenguaje narrativo ordena un texto plurívoco en el que la re-enunciación del lenguaje de la historia establece una rescritura, caracterizada como un discurso, cuyo orden viene dado por la mediación de un punto de vista. De modo radicalmente opuesto, en el lenguaje de la historia se pretende imponer el texto como univocidad, ajeno, pues, a la posible mediación del punto de vista⁶.

La dinámica de oposiciones de nuevos paradigmas y el contraste existente entre la univocidad y el punto de vista en el discurso puede verse en diferentes tensiones. Estas serán clasificadas metodológicamente a continuación según distintos pares de oposiciones generados por el punto de vista entre dos alternativas del discurso. La elección de una de esas alternativas supone avanzar en el establecimiento de un orden narrativo. Y, además, supone la apertura transformada del discurso rescrito, que plantea de este modo un juego textual de re-enunciación sin fin.

3. El dogma y la herejía

Frente a lo unívoco del goma, la herejía establece un orden dialógico en el discurso. Dado el valor semántico del término «dogma», es

⁶ Por lo tanto, se establece aquí una diferenciación entre un texto mediado por el punto de vista y que patentiza dicha mediación: el texto de la restrictura; y un texto en el que esa mediación, a pesar de existir, es negada: el texto de la escritura. Este procede del lenguaje de la historia; aquél del metalenguaje de la re-enunciación. La diferenciación aquí hecha procede de las tipologías textuales de Lubomir Dólezal, «The Typology of the Narrator. Point of View in Fiction». *To Honor Roman Jakobson* (La Haya, Mouton, 1967), vol. I, págs. 544-546.

importante considerar el funcionamiento del mismo respecto al término «herejía», su opuesto en el orden narrativo.

El término «dogma» funciona desplazando aquellos otros términos que lo alteran; el dogma los sitúa en el espacio del antitexto, el cual se define por su desplazamiento respecto a una matriz cultural o a un texto⁷. De este modo, el término «herejía» tendrá dos sentidos: el sentido del lenguaje de la historia, de la cual es desplazado; y el sentido del metalenguaje narrativo que toma cuerpo en la rescritura. Por ello, la recuperación del valor del término «herejía» supone investigar en la memoria del lenguaje y contrastar el valor lingüístico con el valor metalingüístico.

En su valor lingüístico, el término «herejía» se define como:

1. Error en materia de fe, sosteniendo con pertinacia. 2. fig., Sentencia errónea contra los principios ciertos de una ciencia o arte. 3. fig., Palabra gravemente injuriosa contra uno.

Por lo tanto, la herejía es desplazada de la estructura cultural (i.e., «fe»), supone el error frente a la verdad (i.e., «sentencia errónea» / «principios ciertos»), llevando en sí el estigma de su negatividad (i.e., «gravemente injuriosa»)⁸. Además, este valor del término alcanza también a su historia —ésta no se retrotrae más que al provenzal *eretge*, cuyas conexiones con el culto albigense y las teorías de la doble verdad fueron re-enunciadas por Fuentes en *Cumpleaños*, y al latín *haereticus*, de cuya significación («miembro de una secta») procede el valor aquí enunciado como dogmático.

Sin embargo, en su valor metalingüístico el término «herejía» es rescatado del olvido histórico: Fuentes re-enuncia el valor etimológico, memorístico, del verbo griego *haerein* («tomar para sí, capacidad para elegir, elección»)⁹.

⁷ Se considera aquí «antitexto» a aquel texto que una cultura dada ha querido (pretendiendo y/o podido) destruir, según la definición funcional dada por Yury Lotman et al., *Theses on the Semiotic Study of Culture* (Lisse, The P. Ridder Press, 1975), pág. 13. Varios estudios dedicados a TN se han ocupado de reconstruir este antitexto. En este sentido, véanse Pere Gimferrer, «El mapa y la máscara», *Plural* (Julio, 1976), págs. 58-60; Juan Goytisolo, «Our Old New World», *Center for Interamerican Relations Review*, 19 (Winter, 1976), págs. 5-24. Por otra parte, el mismo Fuentes ha manifestado su preocupación por la recuperación de este antitexto en *Cervantes o la crítica de la lectura*, cit., (Cf., supra, nota 2) y en Manuel Osorio, «TN? Une méditation sur le pouvoir. Entretien avec Carlos Fuentes», *La quinzaine littéraire*, 309 (16-30 Septembre 1979), págs. 9-10.

⁸ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua* (Madrid, Espasa Calpe, 1970).

⁹ «Expulsada del orden divino, la herejía se vio obligada a convertirse en historia: la encarnación de las finalidades humanas... Herejía, originalmente, quiere decir *tomar para sí, escoger*... El cristianismo, al perseguir la herejía, preparó el advenimiento de lo

Así pues, se sigue de lo anterior que el carácter herético del discurso narrativo transforma la univocidad del dogma, re-enunciándolo (i.e., situándolo estructuralmente) en el texto plurívoco de la novela. Con ello, el dogma es denunciado como simple opinión sustituible frente a la que la herejía funciona como escisión, libre examen. Es decir, la herejía destruye el orden canónico del dogma situándolo en un texto más amplio en el que aquélla funciona disyuntivamente, desplazando el centro absoluto en que pretende situarse toda cultura unívoca¹⁰.

Además, la escisión herética funciona también en otra dimensión: generada por la respuesta tácita o patente a la voz del Señor, aparece en el seno mismo de la voz autoritaria. Esa respuesta, disyunción y alternativa al mismo tiempo, convierte el discurso autoritario al quebrar su apariencia y presentarse como alternativa del dogma en la re-enunciación del discurso novelesco; por ejemplo, después de haber sido enunciada la validez del dogma, surge la alternativa en el seno mismo de la voz autoritaria: a partir de «Todos mis pecados» (TN: 89-104) va a ser el Señor, originariamente el sujeto del lenguaje de la historia, el que genere la alternativa que re-enuncia la univocidad característica de su lenguaje.

Por consiguiente, puede concluirse que la re-enunciación transforma el lenguaje de la historia al rescribir éste en el discurso novelesco: frente al centro dogmático surge constantemente la disyunción herética que lo transforma, denunciando y re-enunciando el centro del texto:

Ni la cárcel ni el suplicio, ni la guerra ni la hoguera pueden impedir que dos cuerpos se unan. Mira hacia el altar y ve el destino de tus huestes... Trata de penetrar mi mirada y ve el destino de las mías... Nada podrás contra los deleites del paraíso terrenal... Nada podrás contra el éxtasis que nos procura practicar el acto carnal... Nada podrán contra nosotros tus legiones mercenarias: tú representas el principio de la muerte, nosotros el de la procreación: tú engendras cadáveres, nosotros almas: veamos qué se multiplica con más rapidez de aquí en adelante: tus muertes o nuestras vidas (TN: 59).

mismo que habría de minarlo: la crítica, el libre examen, el tomar para sí»; Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura* (México, Joaquín Mortiz, 1976), pág. 20.

¹⁰ Según la definición dada por Lotman y Uspensky, toda cultura es selectiva o, dicho de otra forma, se caracteriza por cierto grado de univocidad y por desplazar un texto fuera de sí. Así, toda cultura se sitúa en el espacio intermedio de una doble negación: la negación de lo que no se entiende y la negación, más obvia y brutal, de lo que se quema. Todo lo desplazado fuera del espacio cultural es no-cultura. Yury Lotman y Boris Uspensky, «On the Semiotic Mechanism of Culture», *New Literary History*, IX, 2 (Winter, 1978), págs. 211-232. Si se acepta el modelo propuesto por los dos teóricos soviéticos, entonces TN podría ser caracterizada como un discurso literario, bárbaro (i.e., extranjero), no cultural y subversivo a la vez, por su carácter de antitexto (Cf., supra, notas 2, 7 y 9).

Así, frente a la victoria del Señor (TN: 52-63), se rescribe el nuevo texto en el que la herejía establece un orden nuevo frente al lenguaje de la historia, en donde la univocidad del dogma es transformada por los múltiples paradigmas posibles que se re-enuncian en el nuevo texto. En el párrafo citado, el lenguaje es re-enunciado en función de una serie de oposiciones, antitextuales respecto al lenguaje, pero alternativas en la novela: muerte/procreación, cadáveres/almas, muerte/vida.

Por otra parte, es preciso destacar que la frase «Trata de penetrar mi mirada y ve» transforma la visión unívoca re-enunciándola en el orden plurívoco que supone la mediación del punto de vista. Esta oposición supone una diferencia de puntos de vista basada en el sujeto diferente que manifiestan los deícticos: *mi* mirada / *tu* mirada. Además, esa *mirada sobre la mirada* proyecta el lenguaje en un metalenguaje donde la totalidad unívoca del dogma se re-enuncia en el espacio metonímico de dos puntos de vista parciales, el uno dogmático y el otro herético según el funcionamiento del lenguaje:

Dogma	Herejía
Cárcel	Deleite
Suplicio	Paraíso
Guerra	Éxtasis
Hoguera	Acto carnal
<i>Tus</i> muertes	<i>Nuestras</i> vidas
(sujeto singular)	(sujeto plural)

Estos pares de oposiciones funcionan también sintagmáticamente, estableciendo el contraste entre dos realizaciones discursivas: por ejemplo, el contraste entre monólogo y diálogo, respecto al sujeto del lenguaje de la historia, el contraste existente entre el Señor-vicecédios (Cf., «Dios y su vasallo el Señor», TN: 44) y el Señor-pecador (TN: 89-104). En este caso, el carácter blasfemo de la enunciación del lenguaje articula el contraste de forma patente:

¿Le será negada la vida eterna a quien no sólo cumple las penitencias de todos los hombres sino que, por ser el príncipe, dejaría sin esperanzas a sus súbditos sí, a pesar de todo esto, fuese condenado en el juicio final?

Saber esto... era, casi, saberse inmortal (TN: 91).

El contraste supone la conversión de la univocidad del lenguaje. Este contraste es continuamente llevado a cabo en la rescritura novelesca del lenguaje de la historia. Así, por ejemplo, introducida la voz autoritaria en «A los pies del Señor» (TN: 35-52)¹¹, se establece en se-

¹¹ Véase que esta voz es «autoritaria» en la misma acción de lectura. Por el epígrafe del texto sabemos cuál es la situación del lector: está a los pies de este Señor que se escribe con mayúscula.

guida el contraste por las diferentes realizaciones de puntos de vista alternativos en el orden del discurso —los subordinados reciben las órdenes con «un sordo refrán de protesta» (TN: 39); «los criados se inclinaron de mala gana» (TN: 51); surgiendo siempre «ese momento de incertidumbre entre una orden y su ejecución» (TN: 57).

4. *El lenguaje y el metalenguaje*

La historia se ordena estructuralmente por medio de una enunciación que depende de la lógica de un sujeto. Por tanto, una historia dada podría haber sido ordenada de cualquier otra forma mediante un cambio del punto de vista o del sujeto enunciante, lo cual supondría a la vez un cambio en el orden estructural y en el significado. De este modo, fácilmente se sigue de lo anterior la importancia de delimitar el orden de dicho lenguaje. Esta delimitación habrá de realizarse estableciendo el orden en que el lenguaje de la historia se inscribe. Posteriormente, habrá que establecer el proceso transformacional mediante el cual el lenguaje es re-enunciado como metalenguaje en la rescritura.

En TN, el orden del lenguaje es establecido como memoria. Por un lado, la memoria de la voz autoritaria: «rememorada visión» (TN: 37), «ocúpase el espacio de memoria» (TN: 44), «esta memoria ancestral» (TN: 45), «palabras memorizadas» (TN: 157, *passim*); por otro, su olvido, articulado como memoria alternativa, como recuerdo, por la acción transformadora del punto de vista: «Recuerda... ¿Recuerdas?» (TN: 61), «¿Qué nombre recuerdas?» (TN: 357). En suma, la memoria es la tensión esencial del lenguaje de la historia, la cual se ordena en la escritura:

toma papel, pluma y tinta: oye bien mi narración; esto quería... dejar constancia de mi memoria: escribe: nada existe realmente si no es consignado al papel, las piedras mismas de este palacio humo son mientras no se escriba su historia (TN: 111);

y la articulación memorística del olvido es la tensión básica del metalenguaje en el proceso de transformación de la memoria que caracteriza a TN. Así, el fin de una parte y el comienzo de otra están mediatisados por la articulación de un olvido o de un silencio: «Este es mi cuento. Deseo que oigas mi cuento. Oigas. Oigas»; esta articulación supone una memoria inversa, una transformación de lo dicho: «Sagio. Sagio. Otneuc im sagio euq oesed. Otneuc im se etse» (TN: 35). Lo mismo ocurre con «las palabras del peregrino» (TN: 354) que anteceden a la articulación del silencio de «El Nuevo Mundo», y el silencio

con que se inicia la tercera parte de la novela (Cf., «¿Qué silencio es éste?», TN: 497).

El carácter selectivo de la memoria (i.e., el hecho de que se desplace un discurso al olvido) es un aspecto fundamental de la univocidad que caracteriza al lenguaje de la historia. Es, pues, importante considerar que este discurso autoritario asume el poder como memoria acumulada (Cf., «la sapiencia acumulada de nuestro dominio», TN: 112) cuyo origen no es especificado —o, lo que es lo mismo, se remite a Dios, generado como función por la misma memoria, con lo que se impone como dogma absoluto y justicia, por tanto, el desplazamiento herético de aquello que no es inscrito en la memoria. Así, por ejemplo, el discurso del Nuevo Mundo es desplazado fuera de la memoria del lenguaje: «Decretamos... la inexistencia... de un... mundo... nuevo...» (TN: 499). Sin embargo, como se señalara anteriormente, este olvido transforma la memoria contrastando en el orden del discurso metalingüístico la univocidad del dogma: «Existe un mundo nuevo más allá del mar» (TN: 500).

La no delimitación inicial del lenguaje de la historia determina su carácter unívoco, su rechazo del valor dialógico. En este sentido, el metalenguaje de TN puede ser considerado teóricamente como el proceso transformacional mediante el cual el lenguaje histórico como memoria selectiva es re-enunciado estructuralmente como un discurso literario capaz de recordar su olvido. Esta re-enunciación, pues, transforma dialógicamente el lenguaje de la historia por la inserción estructural de dicho lenguaje en el marco metalingüístico del discurso literario mencionado¹².

El texto histórico es enunciado en la memoria de Felipe, el Señor, durante el episodio de caza. La caza, pues, marca el inicio del orden del lenguaje de la historia: en la memoria, concebida como saber acumulado, la caza se convierte en signo modelador del poder (Cf., «El heredero», TN: 112-114). Sin embargo, enmarcado estructuralmente en el texto novelesco, el sujeto plural del discurso novelesco re-enuncia esa memoria y la transforma mediante el metalenguaje artís-

¹² De este modo, se establece teóricamente el proceso artístico según fuera enunciado por Fuentes en la cita de la nota 2. La consideración de un marco estructural como elemento modelador o transformacional del lenguaje de la historia se basa en los presupuestos teóricos establecidos en Yury Lotman, «The Modelling Significance of the Concepts "End" and "Beginning" in Artistic Texts», *Russian Poetics in Translation*, 3 (1976), págs. 7-11. Según Lotman, los conceptos «principio» y «fin» en los textos artísticos transforman un discurso al establecer un orden dado, plenamente significativo: en este sentido, véanse también Y. Lotman, *The Structure of the Artistic Text* (Ann Arbor, Michigan UP, 1977), págs. 209-217; y, del mismo, «The Origin of Plot in the Light of Typology», *Poetics Today*, I, 1-2 (Fall, 1979), págs. 168-169, donde se establece cómo la acción modeladora de los conceptos mencionados afecta fundamentalmente al orden argumental.

tico que articula un orden alternativo. De este modo, durante el episodio inicial de caza que establece el signo del poder, el Señor es progresivamente suplantado: «El Señor, sonrojado, detuvo el movimiento de su lugarteniente» (TN: 39); desplazado del centro del discurso: «La excitada confusión había desplazado al Señor» (TN: 47); y negado: «el Señor no había hecho ningún gesto. Y sin embargo todo sucedía... como si lo hubiese hecho» (TN: 48).

Además, el proceso de re-enunciación metalingüística articula las murmuraciones como puntos de vista contrastados con la memoria. Estos puntos de vista convierten la univocidad de la memoria en duda, en alternativa:

los bárbaros monteros murmurarían de nuevo: la estirpe del Señor ha perdido el gusto por la montería, que es sólo el renovado ensayo de la guerra; quizás los humos de las sacristías y las blandezas de la devoción han agotado los arrestos del jefe; y sólo es jefe porque puede más, sabe más, arriesga y resiste más que cualquier súbdito, pues de no ser así, el súbdito merecería ser jefe, y el jefe, siervo (TN: 43).

Ha de destacarse, finalmente, que el proceso de re-enunciación estructural es aplicable a otros niveles de TN: la victoria del Señor es transformada en la re-enunciación del silencio recordado por Ludovico (TN: 52-ss); el templo-memoria, signo perpetuo de la voz unívoca, se transforma en tumba; su quietud perpetua se convierte en diseminación y ambivalencia (TN: 328-334); el carácter de signo dogmático del templo engendra la herejía y la blasfemia dentro de su propio carácter de signo transformado (Cf., «de nada sirvió matarlos. Triunfó la herejía», TN: 319).

5. La memoria y el olvido

Hasta aquí ha venido considerándose la memoria como un lenguaje dado que era re-enunciado por el metalenguaje en un orden discursivo. Ahora bien, es preciso destacar que el lenguaje de la historia no es un simple recuento de hechos, sino el resultado de una enunciación mediante la cual se articula dicho lenguaje en un orden narrativo con pretensiones unívocas. Por lo tanto, el lenguaje de la historia está determinado por una motivación específica, la cual establece su orden. De este modo, un modelo adecuado de TN ha de dar necesariamente cuenta de la motivación mediante la cual el lenguaje va constituyéndose como discurso. Y, puesto que este ensayo se ocupa de las tensiones sucesivas que origina el punto de vista como tensión dominante, a continuación se intentará establecer la motivación del lenguaje de la historia en función del punto de vista.

Según fuera establecido más arriba, el carácter selectivo de la memoria es el procedimiento básico en el ordenamiento estructural del lenguaje de la historia. Esta memoria responde a la lógica de un sujeto discursivo. Felipe el Señor, el cual pretende imponer culturalmente su enunciación sobre el resto de los órdenes posibles. Esta pretensión hegemónica es la que motiva la univocidad del lenguaje mediante una fabulación del sujeto enunciador. Así, en «Victoria» (TN: 52-63), el discurso dogmático se proyecta en el templo, que se convierte de este modo en signo de dicho discurso: funcionalmente, el templo desplaza el signo de la blasfemia y la profanación (culturalmente heréticos) y, textualmente, se proyecta como memoria perenne del discurso que lo articula (desplazando la herejía al olvido, al no-lenguaje):

Recordó el templo profanado y juró en ese instante levantar otro, templo... pero también fortaleza... custodia de piedra que ninguna soldadesca ebria podría jamás profanar...

...allí mismo pronunció el Señor las palabras de la premática fundadora de la inviolable fortaleza de la Eucaristía, reconociendo... que... Dios... ha sido servido de encaminar y guiar... y de sostener y mantener estos reinos en su santa fe... y para que asimismo se ruegue e interceda a Dios por nos, por los señores nuestros anteriores y sucesores, y por... la conservación de nuestro Estado Real, levantaré esta máquina grande... para confusión y vergüenza de los herejes... que con impiedad y tiranía han assolado los templos en tantas provincias, amén (TN: 62-63).

Dado el contexto en el que es articulado el lenguaje, la fabulación que lo articula se caracteriza por mostrarse como lo que no es. Así, frente a la profanación por las tropas reales del templo, el discurso del Señor fabula «la impiedad y tiranía» de los herejes que «han assolado los templos». Por otra parte, la fabulación se manifiesta en la persistencia con que el discurso establece su orden en la memoria. De este modo, al inicio del discurso de la historia se articula su orden fabulado, persistente en la memoria: «el Señor, en su sueño, recuerda obsesivamente el día de su victoria... quiere justificar su regreso, mañana, al palacio que mandó construir, para honrarla, el día de esa victoria» (TN: 52)¹³.

El olvido, como paradigma opuesto a la memoria del lenguaje histórico, re-enuncia una memoria alternativa que transforma la memoria selectiva enunciada en la fabulación del Señor. Este nuevo «olvido-memoria» es motivado por una fabulación plural que persiste en man-

¹³ JONATHAN CULLER ha destacado el carácter modelador de la fabulación como el establecimiento de un orden que establezca una significación consistente, siendo secundario el aspecto de verdad o falsedad de la misma: véase, J. Culler, «Fabula and Sjuzhnet in the Analysis of Narrative», *Poetics Today*, I, 3 (Spring, 1980), págs. 35-36. Para la pervivencia de la fabulación como obsesión memorística, según la discusión de Culler, véase también págs. 32-34.

tener el recuerdo constante de la pérdida original. Así, por ejemplo, transformando la voz unívoca y ampliando el espacio textual de ésta, los obreros abren un diálogo memorístico que rescata el olvidado verjel:

Aquí mismo había una fuente que jamás se secaba... y junto a ella crecía el bosque quera el único refugio de los animales en invierno y en verano (TN: 85).

Es preciso destacar, además, que este diálogo memorístico contrasta con el lenguaje histórico por la característica de su enunciación: diálogo/monólogo, plural/singular; y porque, frente al carácter hegemónico del lenguaje-memoria de la historia, el diálogo memorístico es articulado como comunión fática¹⁴.

La persistencia del «olvido-memoria» puede también observarse en el discurso de la Señora. Este discurso patentiza el proceso de conversión que se opera en el seno de la memoria selectiva del lenguaje de la historia. En principio, la Señora pertenece a ese lenguaje¹⁵:

Como su marido, la Señora permanecía inmóvil, pero ella erguida, más erguida que nunca... más consciente que nunca... del valor de un gesto y de la dignidad intrínseca de una postura: las sombras la rodeaban y ella volvía a pensar que nadie era testigo de su magnífica estampa de airada majestad (TN: 94).

Posteriormente, a través del discurso de la Señora, se lleva a cabo la transformación del templo. Esta transformación es el resultado de la fabulación esquizoide de la Señora, la cual se separa (i.e., se transforma) del orden del lenguaje de la historia que la origina. La Señora es, en este sentido, el signo del contraste que se establece en el seno del lenguaje de la historia: la obsesión erótica de la Señora genera una fabulación constante que se transforma indefinidamente —Cf. príncipe, Señor, ratón, Don Juan, joven rubio, mandrágora— alterando de este modo el orden del discurso del lenguaje y estableciendo un orden diferente, metalingüístico, producto de dicha fabulación:

le ofrecía (la Señora a su amante) este reducto, esta madriguera suntuosa ganada con el engaño y el cohecho... Ella suplicó: quería un baño, quería escuchar el canto de los pastores...: él se lo negó: el palacio era la tumba de los

¹⁴ La «comunión fática» como hecho lingüístico se caracteriza por ser un modo de acción, el cual consiste en una «atmósfera de sociabilidad y en el hecho de la comunión interpersonal» de los interlocutores, según fuera enunciado por B. Malinowski. Véase J. Oleza, «Bases para una semiótica del discurso narrativo», *Dieciocho*, II, 2 (1979), págs. 118-ss.

¹⁵ Nótese que se escribe también con mayúscula (Cf., supra, nota 11), que posee el azor como signo de la caza, etc.

vinos... (ella) se hizo construir... un espléndido baño morisco... y cubrió el piso... como las más antiguas sinagogas... de blancas arenas. El Señor le dictó a Guzmán un folio declarando que en este palacio no cabrían costumbres de moros o judíos... al Señor le bastaba consignar algo al papel para creer que tenía existencia propia (TN: 163-164).

Sin embargo, a diferencia de la transformación operada por el diálogo de «Los obreros», el discurso de la Señora no está caracterizado por la re-enunciación del discurso de la historia como acción o como comunión fática, sino como enfrentamiento verbal, como rebeldía y contraste:

(SEÑOR)... Aquí nos hemos desangrado reconquistando nuestra tierra española.

(SEÑORA). Era de ellos, Señor, los árabes la llenaron de jardines y surtidores y mezquitas donde antes nada había: conquistasteis lo ajeno, Señor (TN: 101).

Por último, la fabulación alternativa al lenguaje de la historia plantea la necesidad textual de la nueva escritura, alternativa al discurso del lenguaje de la historia al que transforma al re-enunciar otro paradigma posible mantenido en el silencio:

Deja que otros escriban los sucesos aparentes de la historia: las batallas y los tratados, las pugnas hereditarias, la suma o dispersión de la autoridad, las luchas de los estamentos, la ambición territorial que a la animalidad nos sigue atando; tú, amigo de las fábulas, escribe la historia de las pasiones, sin la cual no es comprensible la historia del dinero, del trabajo o del poder (TN: 259).

6. *Identidad y transformación*

Del mismo modo que fuera señalado previamente respecto a la re-enunciación del lenguaje como metalenguaje, es preciso destacar ahora el proceso de re-enunciación de la identidad del sujeto de la fabulación, según se opera ésta en TN.

En este sentido, es preciso subrayar primero que el lenguaje de la historia es enunciado en función de la permanencia de las identidades; la fabulación del sujeto de la historia se impone mediante el mantenimiento permanente de su estatuto de sujeto enunciador. Así, su discurso tiene el carácter hegemónico que denuncia el templo-fortaleza y la exposición dogmática de su lema: «Vida breve, gloria eterna, mucho inmóvil» (TN: 154-163; *passim*). Esta hegemonía opera de igual forma que las tensiones arriba indicadas, mediante la imposición dogmática del lenguaje y el desplazamiento (sojuzgamiento, silencio) de la herejía.

mi hijo es generoso y ha puesto a mis órdenes... un monje preceptor y treinta y tres cautivos, falsos conversos de Mahoma y de la judería. pues así hace ver mi hijo el Señor. en el curso de mi errancia... cuán cierto es nuestro combate para arrancar de raíz las creencias malditas. y acallar así las voces que contra nosotros murmuran... que todos vean la pertinencia de nuestra persecución contra la pertinaz infidelidad (TN: 71-72).

De esta manera, la identidad es articulada de un modo ostensible, aparente, capaz de denegar toda posible alteración: frente a las murmuraciones de los «bárbaros monteros», antes citadas, el Señor: «acentuaba los gestos nobles... para hacerse respetar; para que sus vasallos sintiesen la fuerza de su presencia real y no escuchasen las consejas que... propalaban de boca en boca turbios misterios» (TN: 40). Por consiguiente, puede ser enunciada una nueva correlación que establezca la oposición existente entre lo real y lo aparente en el sujeto del discurso. Por lo que se refiere al sujeto del lenguaje de la historia, el punto de vista genera una correlación entre la apariencia idéntica del discurso, impositiva y hegemónica, y su realidad, la cual es transformable en el proceso de rescritura.

El estudio de la transformación puede seguir el proceso antes desarrollado. Por un lado, la oposición de la identidad a un paradigma alternativo; por otro, su conversión sintagmática en el mismo discurso hegemónico.

El paradigma alternativo a la identidad permanente del sujeto del lenguaje se estudia a continuación, haciendo referencia a «Junta de rumores» (TN: 80-84).

En el persistente monólogo-fabulación de la viajera se re-enuncian todas las formas mediante las cuales se convierte el lenguaje unívoco de la historia. Estas formas suponen una re-enunciación del olvido alternativo a la memoria del poder, las cuales son necesariamente re-enunciadas en el proceso de conversión mencionado: «El silencio jamás será absoluto... el aislamiento... parece convocar esa junta sonora... que en el aparente silencio... incrusta su insinuación más pertinaz... el silencio que nos rodea... es la máscara del silencio: su portavoz» (TN: 80-81). En esta re-enunciación se enumeran las distintas formas que convierten el silencio impuesto por el lenguaje unívoco: barullo, conseja, pandorga, alharaca, tabahola (*sic*), algazara, güirigüiriguay (TN: 81-82). Esta enumeración memorística genera la transformación de las identidades del náufrago-príncipe, lo cual conlleva la transformación del lenguaje de la historia:

habló la Cábala, y oyéndoles, el delirante monje preceptor clama, tuve razón... el marrano relapso judaizante, montó a real carroza, hechizó a nuestra Altísima Reyna, hizola prisionera de su filosofía de las transformaciones mientras que yo quería hacerle a él prisionero de nuestra verdad de las unidades, transíórmase el infiel en pájaro y culebra, unicornio y cadáver, siendo el cristiano sólo uno... no dos, ni tres, ni siete, sino uno (TN: 82).

Por último, el proceso de alteración del lenguaje de la historia afecta al sujeto del mismo. Así, frente a la enunciación del lema de dicho lenguaje (TN: 145-163), el sujeto va transformándose sucesivamente mientras asciende los treinta y tres peldaños de la escalera del templo:

No quiero que el mundo cambie. No quiero que mi cuerpo muera, se desintegre, se transforme y renazca en forma animal... Quiero que el mundo se detenga y libere mi cuerpo resurrecto en la eternidad del Paraíso, al lado de Dios: una vez muerto, no quiero, por favor, por piedad, no quiero regresar otra vez al mundo (TN: 161).

Sin embargo, enunciada la «filosofía de las transformaciones» en el olvido de «El Nuevo Mundo», la obsesión del Señor es transformada, rescrita en el orden metalingüístico de la novela: en la tercera parte, Felipe, el Señor, regresa al templo-tumba donde vaga como espectro o fantasma y donde está sujeto al proceso transformacional re-enunciado por el metalenguaje.

7. *Conclusión «TN» como saber*

En sentido escrito, TN es una rescritura de lo escrito, la cual transforma la escritura previa que le sirve de base y presenta constantemente una alternativa. La transformación se lleva a cabo por la conversión del lenguaje de la historia en un texto narrativo: es decir, por la re-enunciación del orden de la historia en un nuevo orden, metalingüístico. En sentido estricto, pues, el metalenguaje narrativo patentiza el estatuto también narrativo del lenguaje de la historia. Este lenguaje es proyectado en un nuevo texto, donde se hace patente la existencia de un sujeto ordenador (fabulador) del lenguaje.

Una nota final se impone aquí, pues, respecto a la labor previamente realizada. Las implicaciones que se suceden del análisis anterior han de proyectar el saber aportado por el modelo en dos direcciones. En principio, es preciso determinar el orden impuesto por la rescritura del modelo construido. En segundo lugar, es preciso re-enunciar ese orden en una nueva rescritura a la que caracterice la acción, el hecho de rescribir, en vez del producto, lo rescrito. Tan sólo de este modo el texto dejará de correr el peligro de convertirse en producto (que supone una cierta univocidad: la del significado), en un fin o lectura, para ser actividad. En suma, no será lo rescrito, sino su estrategia.

Ignacio-Javier LÓPEZ
University of Wisconsin - Madison
(EE.UU.)